

a gracia especial para enseñar
inda letra. Todos sus discípulos
ela luciendo una buena letra y
de los que fueron sus discí-
mi tía Evarista que no tenía
ñar a escribir y también sus
a letra.

la manía de enseñar; nuestro
cuela varias veces, pero pronto
vos alumnos por complacer a
uando menos pensábamos es-
la casa, que era muy grande,
ntos de los discípulos.

ntes de su muerte tuvo su es-
ia, y muchos de sus discípulos
uerdan con cariño y gratitud,
cter angelical y la bondad per-

r esta narración sin hacer un
ueridas tías que tanto nos cho-
es la última fue mi madrina de
e distinguió con su cariño y al
la casa en que vivió, la cual
o el doctor Primitivo Sinisterra.
de morir, por insinuación de
con nosotros y alquiló la casa
6.^a

fael.

no mayor Rafael no volvió al
la ciudad de Liberia, de la
i tío el general Carlos Patiño,
na colocación a su lado.
Thiel que ya había sido pre-

conizado obispo de Costa Rica, le tenía gran cariño
a mi hermano Rafael y le había dicho que al ser
consagrado obispo lo llamaría para darle un buen
empleo en la curia, pues mi hermano era muy inte-
ligente y había terminado sus estudios en el semi-
nario mayor.

Nombró el presidente de Costa Rica al general
Patiño superintendente del ferrocarril en construcción
de Puntarenas a la capital y con ese motivo se vino con
la familia a Puntarenas y con ellos mi hermano Rafael.

En el mes de septiembre recibió un telegrama el
padre Thiel avisándole que Rafael estaba malísimo
en Puntarenas con fiebre amarilla. Inmediatamente el
padre Thiel emprendió viaje a Puntarenas llevando
a mi hermano Enrique, pero cuando ellos llegaron ya
Rafael había muerto y su cadáver fue llevado a la
población de Esparza (después Esparta) donde fue
sepultado. Ya se puede suponer cómo quedaríamos
de angustiados mi hermano Jorge y yo.

El padre Thiel y mi hermano Enrique supieron
la muerte de Rafael en el trayecto de Esparta a
Puntarenas llamado La Barranca, donde se encon-
traron con el general Patiño. Al saber la noticia re-
gresaron a Esparta. Allí le dió tío Carlos al padre
Thiel una magnífica mula de su propiedad para que
regresara a San José.

El padre Thiel le dijo a mi hermano Enrique que
se quedara en Esparta y se fuera más tarde y que al
llegar a Atajuela se fuera a dormir a la casa cural,
pues él lo dejaría recomendado al cura para que lo
atendiera.

Al llegar Enrique a la casa cural encontró que
había gran movimiento de gentes como había en
toda la población. En la casa cural estaban ensa-
yando una misa solemne de requiem.